



## PESTILENCIA Y ALTERACIÓN. LA CORRUPCIÓN POLÍTICA COMO DISPOSITIVO

PESTILENCE AND ALTERATION. POLITICAL CORRUPTION  
AS A DEVICE

Víctor Samuel Rivera

*Universidad Nacional Federico Villarreal (Lima)*

**Resumen:** *La presente contribución pretende ser una hermenéutica de la corrupción política en las democracias liberales capitalistas avanzadas. La reflexión toma como punto de partida la experiencia histórica y social de la crisis de la Bolsa de Nueva York en 2008 para, sobre la base del hecho manifiesto de la corrupción política a nivel global, desarrollar el concepto de "esencia alterada", con el cual se caracteriza una ontología del régimen de gobierno de las democracias avanzadas; estas estarían afectadas por un dispositivo ontológico de corrupción del cual la crisis de 2008 sería evento. El carácter ontológico, tanto del evento 2008 como de la esencia alterada que éste expresaría, daría cuenta de una insolvencia esencial del mundo histórico del que las democracias avanzadas constituyen el centro geográfico.*

**Palabras clave:** *Democracias emplazadas, corrupción, corrección política, dispositivo, crisis financiera mundial de 2008*

**Abstract:** *This contribution is intended to be a hermeneutics of political corruption in advanced capitalist liberal democracies. Based on the manifest fact of political corruption at the global level, the reflection takes as a starting point the historical and social experience of the crisis of the New York Stock Exchange in 2008 in order to develop the concept of "altered essence", with which an ontology of the governance regime of advanced democracies is characterized; these would be affected by an ontological corruption device of which the 2008 crisis would be an event. The ontological character, both of the 2008 event and of the altered essence it would express, would account for*

*an essential insolvency of the historical world of which the advanced democracies constitute the geographic center.*

**Keywords:** *Framed democracies, corruption, political correctness, device, 2008 global financial crisis*

## 1. CORRUPCIÓN Y FRAMED DEMOCRACIES

El presente texto corresponde originalmente a una conferencia sobre corrupción política, que se ha tratado filosóficamente. Es decir, no política, ni social o mediáticamente, pues el autor no se considera un agente adecuado para el género de discurso que un sociólogo o un político podría hacer sobre la corrupción y confiesa no conocer la corrupción como parecen lograr hacerlo los políticos y los publicistas. Vamos a esforzarnos por argumentar, sin embargo, que la corrupción, antes que un mero ingrediente de la experiencia social, que podría *depurarse* y *limpiarse* (para que *todo vuelva a ser como antes*, por decirlo de alguna manera), resulta constituyente de la *esencia* del mundo histórico que habitamos todos. Vamos a llamar a este mundo histórico el de “las democracias liberales capitalistas avanzadas”. Para evitar toda ambigüedad sobre lo que se quiere decir con esto, remitimos a lo que Gianni Vattimo y Santiago Zabala han denominado *framed democracies*, “democracias emplazadas”<sup>1</sup>. En lo sucesivo vamos a proponer que la corrupción política en el mundo occidental, lejos de tratarse de un conjunto de episodios criminales superables, es un dispositivo de las democracias capitalistas, que es una manera de decir que a la forma de régimen histórico de la que son realidad le es propio gestar en el tiempo, reproducir incesantemente, a través de acciones humanas, un orden esencialmente corrupto.

Con la conciencia de que nada de lo que sigue es *correcto políticamente*, vamos a traducir el problema de tal modo que los destinatarios originales de esta reflexión, administradores del Estado, asesores políticos y agentes vinculados al Derecho, puedan disponer de un punto de partida factual, un punto de consenso fáctico que compromete al auditorio mismo, para extraer con él consecuencias interesantes filosóficamente. Haciendo uso de una expresión afortunada que procede de Kant, se toma como punto de partida un *faktum* de la experiencia social contemporánea: un evento tal de corrupción política y social que hace virtualmente imposible no admitir la premisa. En este sentido, no es que vaya a demostrarse que las democracias tardías son corruptas, sino que vamos a tomar como punto de inicio la evidencia manifiesta e innegable de su corrupción para luego reflexionar filosóficamente sobre ella.

---

<sup>1</sup> Cfr. Gianni VATTIMO y Santiago ZABALA, *Hermeneutic Communism. From Heidegger to Marx*, New York, Columbia University Press, 2011, cap. I.

Algo ocurrió, y ocurrió *de manera universal*, de tal modo que es fácticamente imposible describir la experiencia histórica y social de los años que siguieron hasta hoy si se niega ese acontecimiento como una premisa. Los acontecimientos históricos adquieren sentido universal si es imposible en la experiencia histórica y social dejar de ser afectado por ellos, como lo fue en su momento la novedad de la aparición de las nuevas tecnologías de la comunicación, el atentado del 11 de setiembre o el final de la Guerra Fría, por poner algunos ejemplos. Un horizonte análogo de sentido es el que convoca esta reflexión, como el acontecimiento de una corrupción de significación *universal*, en la que se está preocupado en su significado, imperativamente, y desde sus efectos mismos, esto es, social e históricamente. Esto que ocurrió fue corrupto en un sentido tal que, por ser innegable, constituye una dimensión arcaica y fundante para una meditación sobre la corrupción en el tiempo de las democracias; en esto se sigue libremente el método arqueológico de Giorgio Agamben<sup>2</sup>. Es un hecho sin más curioso que estas mismas democracias donde lo corrupto universal ha acontecido resulten, como nunca antes en la historia humana, demasiado obsesivas con hacer y decir siempre lo “correcto”: quizá un síntoma de este carácter arcaico al que la corrupción que constituye las lleva a ellas mismas.

## 2. EL FAKTUM 2008

Era un helado mediodía de enero de 2008. Me tomó la noticia en la aldea de Liessies, cerca de la frontera francesa con Bélgica, en la granja de una pareja de amigos, uno artista, el otro un rico inversionista en el mundo bursátil. Llevábamos varios días en la cena de rumores a voz baja –para que el más interesado no oyera– sobre extraños movimientos e irregularidades que mi amigo inversionista iba observando las últimas semanas en la Bolsa de Nueva York; pasaba horas en la computadora de su gabinete revisando índices de valores, expectativas que recogía de una u otra calificadora financiera y luego, tristes silencios, se lo comentaba todo a su poco discreta pareja sentimental; una información esotérica que, a su vez, era pintada a su manera por el artista entre las ostras, los vinos y el pato en su grasa. De pronto, una *gran alteración* se hizo *manifiesta*: la Bolsa de Nueva York había sufrido un altibajo significativo y alarmante que, esta vez, por su gravedad –unos cuantos puntos–, por su carácter a la vez *incomprensible* y *evidente*, comentaban alarmados los sabelotodo en la televisión francesa que –desconcertados– nada podían explicar. Una *extraña pestilencia* parecía provenir de *lo que se había abierto*. El artista me ofreció una copa de champagne: “¡por los últimos tiempos!” –me dijo–. El inversionista, sumido en un *shock*, se hundió

<sup>2</sup> Cfr. Giorgio AGAMBEN, *Arqueología filosófica. Signatura rerum. Sobre el método* [2008], Barcelona, Anagrama, 2010, pp. 109-150.

repentinamente en un espantoso silencio; una buena parte de su fortuna bursátil, como venía sospechando desde semanas atrás, había caído en la más extraña y terrible *incertidumbre*.

Iba a tomar meses que el público medio comprendiera que esa noticia de enero era nada menos que el inicio de la célebre tragedia de la Bolsa de Nueva York de 2008, que iba a ver caer los índices bursátiles globales a niveles que terminaron generando la quiebra del sistema económico liberal. Con el desplome del sistema bursátil, se fueron abajo los agentes económicos cuya función ordinaria es gestionar ese sistema. Quebraron así primero los chicos y luego, en dominó, también los bancos americanos medianos y grandes, las administradoras de fondos de pensiones, las empresas calificadoras de valores bursátiles y las empresas mismas representadas por esos valores, que dejaron abruptamente de vender y producir, en una escala subsiguiente de cierre escalonado de servicios menores y comercios, y no solo en Estados Unidos, sino en las democracias capitalistas del planeta entero, con lo que eso significa en términos de desempleo y pobreza generalizada. Aunque el mundo público diga lo contrario, los expertos, los analistas y publicistas, las democracias avanzadas no pueden salir de eso desencadenado en 2008 aun al presente, en 2018.

Hacia la mitad de 2008, ante la quiebra del sistema financiero y los grandes bancos, quedaba claro que las políticas públicas relacionadas con la administración económica de las democracias avanzadas habían sido víctimas de sus propias reglas de juego: de su propio sistema de normas y garantías. Y estaba claro también que se trataba de una cuestión no solo administrativa, sino política y ética de fraude generalizado, que enriquecía a los directores –pero también a los subordinados– de una inmensa maquinaria económica que había florecido gracias a ese fraude. Un ordenamiento de *mentiras posibles* había sido acogido al interior de las reglas de juego del sistema bursátil: siendo este ordenamiento del interés particular de los involucrados en la quiebra, y que ese interés dañó a incontables millones de personas modestas y trabajadoras del entero *relieve* de las democracias capitalistas avanzadas, gente trabajadora e inocente, desde Ohio a Islandia, de España a Grecia, no hay duda de que se trataba de una gigantesca maquinaria planetaria de algo que *nosotros* llamamos “corrupción”.

Cuando hay un caso de fraude y enriquecimiento indebido a escala planetaria y a costa del riesgo, virtualmente, de la supervivencia de la humanidad occidental entera, sería implausible cuestionar que se trata de una experiencia manifiesta de corrupción, que esta, en su dimensión histórica y social, afecta el mundo histórico en que esa misma corrupción se halla instalada y donde su fruto ha sido posible. Es razonable que, ante la magnitud del daño subsiguiente que la corrupción había generado, pudiera señalarse a los culpables, a responsables del fraude a quienes sancionar por las consecuencias malas de sus malos actos.

Estamos de acuerdo en que la corrupción debe ser considerada un mal; y cuando ese mal tiene consecuencias sociales que involucran miles de millones de dólares, pero también ahorros, hipotecas, empleos y esperanzas frustradas de millones de inocentes, es inevitable preguntarse qué hizo el sistema jurídico y político de las democracias avanzadas, tomadas como una forma de régimen político, e incluso como un mundo histórico instalado, para hacer justicia con las multitudes defraudadas y arruinadas por la codicia de unos cuantos calificadores de valores bursátiles y banqueros sin escrúpulos. No se recuerda, sin embargo, que la justicia americana haya procesado a los responsables de tan grande mal, que son en algunos casos seres humanos identificables y que administraban, controlaban y regulaban los efectos del fraude. Quizá se los haya procesado; no se recuerda, sin embargo, que hayan purgado criminalmente, o que lo hayan sido en proporción al mal del que se presentan responsables.

Uno se sorprende de ver hoy a los mismos personajes que condujeron a la Tierra a la catástrofe económica, no en la cárcel o la horca, sino gozando nuevamente de sus mismos cargos o con responsabilidades análogas, inmensamente más ricos, además, de lo que lo eran algunos de ellos en 2008. En lugar de ir a prisión, o ser colgados en una horca, los responsables de los bancos, administradores de pensiones, compañías de seguros, calificadoras, etc. recibieron un rescate financiero; un rescate que al presente, una década después, no ha cesado completamente. Mientras los pobres padecieron y padecen aún los efectos malos de la catástrofe, esta parece haber sido un trampolín a la riqueza para sus agentes. El Estado americano –y seguidamente, al rebaño, los del resto de las democracias– ha venido emitiendo miles de millones de billetes sin respaldo para reflotar el “capital” de las empresas quebradas, prestándoles ese dinero inválido a los corruptos mismos, sin interés alguno, como motor de recuperación para la economía malograda. Con esto ha ocurrido una singularidad: un ordenamiento económico corrupto que, en lugar de castigar a los agentes fracasados y mafiosos que produjeron el mal, les otorga el respaldo del orden político para reflotarse y continuar sus operaciones.

Desde 2008, los valores de la Bolsa de Nueva York, increíblemente, han duplicado su precio. Es un detalle notorio que no pueda ser dicho que, por lo tanto, la economía americana se ha duplicado ella también en ningún sentido inteligible: que hoy produzca el doble de productos, por ejemplo, que tenga el doble de fábricas pujantes o genere el doble de empleos calificados. A la misma vez que se ha reflotado a los agentes corruptos a través de dispositivos políticos, su producto es inverosímil. La corrupción de 2008 parece abarcar a sus expertos económicos, pero también al orden político y económico exitoso que ha surgido del reflotamiento de los ricos a la duplicación de su riqueza. El Presidente Barack Obama tendió la mano al corrupto. ¿No sería acaso este Obama por ello, aunque no haya delito según la ley, él también corrupto?

(Parece haber algo corrupto en todo esto: ¿cómo puede llegar a valer el doble la representación bursátil de empresas quebradas cuyos precios han subido con la mera introducción de dinero fabricado, a pesar de que ese valor no parece guardar relación alguna con la productividad de esas empresas? Que quede esto sentado).

Los detalles históricos o anecdóticos de 2008 han quedado registrados para la ilustración de los presentes y de generaciones venideras por Michael Moore o Noam Chomsky, o bien por filmes americanos en estos años más recientes para facilitar la comprensión histórica de lo que pasó y continúa sucediendo. El hecho, sin embargo, es que el orden legal y administrativo de los Estados Unidos –y de las demás democracias avanzadas que actuaron con ellos– hizo solidaridad con la corrupción económica, poniendo en evidencia algo que será objeto de la reflexión hermenéutica, esto es, cómo así es posible lo que, al final, ambas instancias significan como el aparato de una experiencia social de corrupción.

Nadie podría negar que nos hallamos aquí ante un *faktum* hermenéutico. Immanuel Kant usó la palabra *faktum* para apelar a una clase de evidencia social que, de alguna manera, socava el lenguaje popular normal, y fuerza, constriñe a hacer filosofía, tanto sobre el lenguaje como sobre la evidencia misma, que sirve así de punto de partida<sup>3</sup>. En la hermenéutica, podemos decir que el *faktum* del 2008 constituye una evidencia de que el mundo histórico y social no se halla adecuadamente expresado en los términos de los publicistas, los políticos o incluso los expertos analistas económicos; en efecto, los medios de prensa, los analistas de televisión, los grandes economistas del momento pasaron buena parte del 2008, como lo hacen aún ahora, diciéndonos que todo estaba de hecho muy bien, ignorantes de que su lenguaje no parecía estar en condiciones de incorporar el acontecimiento a sus propios recursos en una situación en que, antes que ignorantes, aparecen a la experiencia del *faktum* ellos mismos como cómplices, encubridores y aun socios –ya que asociados en la mentira pública para gestionar los efectos malos del gran fraude–; ¿no aparecen así ellos mismos como culpables (y por ende, como corruptos)? Como hizo notar hace tiempo el conde Joseph de Maistre, es de notar que cuando ellos dicen que todo está muy bien, es precisamente cuando la experiencia del “mal” lo “inunda todo”<sup>4</sup>.

En cualquier caso, es manifiesto que la crisis económica de 2008, tomada como un acontecimiento histórico, sobrepasa los lenguajes sociales. Lo que

---

<sup>3</sup> Cfr. Roberto TORRETTI, *Manuel Kant. Estudio sobre los fundamentos de la filosofía crítica* [1967], Buenos Aires, Charcas, 1980, pp. 545-546; José GÓMEZ CAFFARENA, *El teísmo moral de Kant*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1983, pp. 120 y ss.

<sup>4</sup> Cfr. Joseph DE MAISTRE, *Considérations sur la France suivie de l'Essai sur le principe générateur des constitutions politiques et des autres institutions humaines*, troisième édition, revue et corrigée par le même, Paris, Chez Potey, Libraire de S. A. R. Monseigneur Duc d'Angoulême, 1821, p. 55.

ellos dicen no es lo que el acontecimiento dice. Y, en algún sentido, es el acontecimiento mismo el que habla. En este entender podríamos decir que se trata de un “llamado del Ser”<sup>5</sup>: un mensaje remitido acerca de lo que somos y hacemos en la medida en que lo que estamos obligados a expresar no es del lenguaje de los políticos, los expertos económicos o los analistas inteligentes de la televisión americana, sino, como hombres que somos responsables, desde la filosofía. En este sentido, somos lanzados fuera de lo que bien puede llamarse *los lenguajes correctos*, los que deberían usarse para pensar en el *faktum* mismo, y en el que este es articulado por los saberes estandarizados. ¿Y dónde vamos?: hacia *un lenguaje otro; un lenguaje filosófico al que somos llevados*. Un lenguaje otro al que nos conduce la experiencia misma de que el *faktum* deba ser llamado “corrupto” por *nosotros* mismos. El lenguaje de un acontecimiento, pues lo expresa. Todo acontecimiento que resulta incomprensible y nos expulsa de los lenguajes responsables, por así decirlo, y que a la misma vez nos hace decir algo nuevo e incorrecto que no podemos cuestionar es un *faktum* análogo, en este caso, un *faktum* de la corrupción política como un significado filosófico.

### 3. UN LENGUAJE PARA EL MILAGRO

El *faktum* de 2008 es un episodio que, por su singularidad histórica, el conde Joseph de Maistre hubiera denominado *miracle* (milagro)<sup>6</sup> o *événement* (evento)<sup>7</sup>, que son virtualmente expresiones sinónimas<sup>8</sup>. Un *miracle* podría caracterizarse como aquel acontecimiento cuyas significaciones históricas (en este caso, aplicadas al *faktum* 2008) generan esta experiencia de incertidumbre a la que se hizo mención al inicio; hay incertidumbre en relación a los pronósticos relacionados al *miracle/ événement* en la medida en que no puede decirse qué es lo que va a

<sup>5</sup> Gianni VATTIMO y Santiago ZABALA, *op. cit.*, p. 10.

<sup>6</sup> Cfr. Joseph DE MAISTRE, *Considérations sur la France*, p. 3; René JOHANNET y François VERMALE, «Une introduction et des notes», en COMTE JOSEPH DE MAISTRE, *Considérations sur la France*, Paris, Vrin, 1936, p. 2.

<sup>7</sup> JOSEPH DE MAISTRE, *Considérations sur la France*, pp. 6, 10, 38, 70, 116.

<sup>8</sup> Cfr. Víctor Samuel RIVERA, “Evento y milagro. El 11 de septiembre: ¿Gianni Vattimo o Joseph de Maistre?”, en *Diánoia* LXII/79 (2017) 49-75. Sobre el uso de “evento” en el lenguaje de la hermenéutica contemporánea, cfr. Enrico READELLI, “Evento”, en *Filosofía teoretica. Un'introduzione*, E.Ronchi (Ed.), Torino, UTET, 2009, pp. 21-45. Sobre el conde Joseph de Maistre en general, cfr. Claude BONCOMPAIN y François VERMALE, *Joseph de Maistre*, Paris, Éditions du Félin, 2005; Robert TRIOMPHE, *Joseph de Maistre. Étude sur la vie et sur la doctrine d'un matérialiste mystique*, Genève, Droz, 1968; José Osés, “De Maistre y Donoso Cortés. Hermeneutas de lo inefable”, en *Revista de Estudios Políticos* 152 (2011) 75-114; O. BRADLEY, *A Modern Maistre. The Social and Political Thought of Joseph de Maistre*, London, Lincoln, 1999; C.-J. GIGNOUX, *Joseph de Maistre. Prophète du passé, historien de l'avenir*, Paris, Nouvelles Éditions Latines, 1963; VV. AA., “Maistre (le comte Joseph-Marie de)”, en *Biographie Universelle (Michaud) ancienne et moderne, ou Histoire, par ordre alphabétique, de la vie publique et privée de tous les hommes qui se son fait remarquer par leurs écrits, leur actions, leurs talents, leurs vertus ou leurs crimes*, Paris, Chez Madame C. Desplaces, s/f, t. XXVI, pp. 174-182.

sucedir después; en este sentido, un *miracle/ évènement* puede ser reconocido en la experiencia de un mundo histórico si disloca y expulsa la reflexión de los lenguajes sociales, con lo que el hombre del tiempo del evento, el hombre medio que espera análisis y pronósticos en el mundo público sobre *qué ha acontecido* (en la política y la vida cotidiana) se halla desamparado<sup>9</sup>. Esto en gran medida es un problema relativo al *saber* del que los lenguajes sociales son o deberían ser portadores. Es notorio por lo anterior que el *saber* de un *évènement* se relaciona más con la capacidad de reconocerlo que con la de describirlo ya que, incapaces de predecir sus consecuencias, tiene sentido afirmar que es incierto de qué se trata; el gran problema allí –como escribe Vattimo en un tópico semejante– es “cómo *no-saber* puede ser una forma de *saber*”<sup>10</sup>. Como ya se ha visto, en el mundo social esto nos remite a la capacidad de hacer pronósticos o planear sobre el futuro, es decir, la clase de expectativas que nos hacemos de los acontecimientos sociales en la medida en que tiene sentido adelantarse en el tiempo a sus consecuencias: desde la perplejidad del evento (*faktum*), pensar qué pasará o no pasará *después*<sup>11</sup>. Que algo sea *évènement/ miracle* socialmente hablando quiere decir aquí que el margen de lo que se puede pronosticar es también una suerte de *miracle*.

En su *De Divinatione*, Cicerón consideró que era importante diferenciar entre el pronóstico o la anticipación adivinatoria común y los pronósticos especiales, que involucran de alguna manera una intervención divina que, para nuestro interés, podemos referir a los *évènements*, es decir, a los eventos históricos y sociales que acontecen a la manera de un *miracle*; los primeros se limitan a la mera familiaridad con los fenómenos en torno de los cuales se pronostica, y es notorio que se espera que sean realizados por personajes del estilo de lo que hoy serían los analistas políticos, los periodistas, los asesores burocráticos o los agentes de bolsa<sup>12</sup>; los segundos serían asunto de los adivinos, las pitonisas, los profetas u otros operarios de lo sagrado o sus posibles análogos, es decir, son cosa que se pronostica de manera sobrenatural, en el sentido que tenemos la experiencia de que las potencias humanas que se encuentran involucradas con la acción que hace posible el pronóstico son intervenidas de alguna manera. Esto último era una precisión acerca de los pronósticos allí donde el simple talento humano parece completamente desarmado, aunque también para dejar en claro que hay algún rol de la inteligencia humana en la adivinación. Cicerón observa que algunas veces el pronóstico no es posible o es muy riesgoso, en cuyo caso se recurre a los agentes religiosos calificados, de quienes se espera el auxilio de una intervención no humana. El carácter

---

<sup>9</sup> Cfr. Víctor Samuel RIVERA, “*Novum*, evento y violencia fundante. Bagua (Perú)”, en *Estudios Filosóficos*, LXIII/183 (2014), pp. 332 y ss.

<sup>10</sup> Gianni VATTIMO, *Esperando a los bárbaros*, Buenos Aires, Fedun, 2014, p. 48.

<sup>11</sup> Cfr. Joseph DE MAISTRE, *Considérations sur la France*, pp. 36-37.

<sup>12</sup> Cfr. CICERÓN, *Sobre la adivinación. Sobre el destino. Tímeo*, Madrid, Gredos, 2009, pp. 73 y ss.

conjctural del pronóstico, es decir, una cierta *incertidumbre* en que vienen envueltos, como bien ha notado de Maistre, vale tanto para los pronósticos ordinarios de los analistas como para los arrojados a la *incertidumbre*<sup>13</sup>.

No habría que descorazonarse de la dimensión divina de lo impredecible (o de lo inexplicable). Su cumplimiento, de alguna manera, no pertenece al ámbito donde se mueven los personajes que pronostican, aunque finalmente, muy a pesar suyo, los someta. No siendo posible la familiaridad con lo impredecible, y no habiendo ya en el mundo presente del que las democracias capitalistas son instalación un rol social para los adivinadores religiosos, es razonable que sean los intérpretes quienes ocupen el lugar vacío, aunque justamente no los intérpretes del tipo de los analistas, los sabelotodo de la televisión americana, etc., ya que fueron antes incapaces de pronosticar; eso se significa diciendo que la interpretación en estos casos es ontológica, o sea, es trabajo de los filósofos, de allí que sea pertinente referirse, como se ha hecho, a un "llamado del Ser". Es la línea genérica de la hermenéutica como pensar de la actualidad (histórica y social) que ha hecho frecuente Gianni Vattimo<sup>14</sup>. Consideramos aquí que pensar, hacer hermenéutica de los fenómenos sociales, es una tarea que va íntimamente ligada a la elaboración (histórica) de pronósticos, y que su eficacia, incluso si esta es adivinatoria, como parece haber sugerido Carl Schmitt, es el objetivo de la filosofía dirigida a los problemas sociales<sup>15</sup>.

Con la anterior salvedad, vamos a seguir y profundizar la huella kantiana como punto de partida de una elaboración filosófica. A nuestro juicio, Kant procedió de este modo en sus obras, y en especial en las político-morales, bajo dos supuestos, uno correcto, otro incorrecto. El correcto fue adjudicar carácter de evidencia al lenguaje común, bajo la suposición de que este de alguna manera expresa, aunque no de manera explícita, la materia de la investigación. Una posible simplificación en el concepto del lenguaje, o quizá una cuestión de mera estrategia, lo llevó al segundo supuesto, que es el que tomamos por incorrecto: considerar que el lenguaje, que se halla históricamente situado, puede ser examinado de modo filosóficamente fructífero independientemente del horizonte histórico y social en el que se halla instalado; de haber advertido lo anterior, tal vez Kant hubiera sido más cauteloso al extraer inferencias universalistas y racionalistas de su examen del lenguaje moral, así como de lo que se llama la *construcción* racional de sus consecuencias; esta última operación

<sup>13</sup> Cfr. Joseph DE MAISTRE, *Considérations sur la France*, p. 37.

<sup>14</sup> Cfr. Gianni VATTIMO, "Ontología de l'attualità", en Gianni VATTIMO (Comp.), *Filosofía*, 1987, Bari, Laterza, 1988, pp. 201-223; Giovanni GIORGIO, "Nihilismo hermenéutico y política", en Carlos MUÑOZ, Daniel LEIRO y Víctor Samuel RIVERA (Coords.), *Ontología del declinar. Diálogos con la hermenéutica nihilista de Gianni Vattimo*, Buenos Aires, Biblos, pp. 241 y ss.

<sup>15</sup> Cfr. Carl SCHMITT, "Interpretación europea de Donoso Cortés" [1951], en *Carl Schmitt, teólogo de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 230.

resulta hoy bastante cuestionable, y adquirió notoriedad en tiempo reciente cuando John Rawls intentó servirse de ella para construir un modelo racionalista, intemporal y autosuficiente del liberalismo<sup>16</sup>.

Kant, y aun más Rawls, quisieron justificar el *faktum*, lo cual no es lo mismo que comprenderlo. En lo primero se apuesta por la bondad del acontecimiento, lo cual a su vez se liga con su presunta racionalidad. En el segundo caso es posible asumir que el *faktum* puede eventualmente ser un mal, que el *faktum* es un “llamado del Ser” que advierte, alerta de un gran mal, lo cual es innegable para 2008.

Quienes hemos nacido después de los giros lingüístico y hermenéutico en filosofía, y más aún del desarrollo de la historia conceptual, comprendemos que no hay tal cosa como “el significado”, vale decir, la dimensión intemporal y meramente lógica de un concepto. No hay tal cosa como la corrupción en sí para construir luego kantianamente sobre su evidencia conceptual o lógica consecuencias que serían como las condiciones de posibilidad para hacerla inteligible. En nuestro caso, “corrupción” remite y se remite a una experiencia *acontecida* y que, por tanto, se halla sujeta a una dependencia narrativa que le es constituyente; un saber arcaico que se halla detrás y es anterior al reconocimiento de 2008 como *faktum* ontológicamente malo. No se intenta construir nada, lo que sería, paradójicamente, *justificar* (como hizo Kant), en este caso, el *mal*, sino permitir que hable el carácter arcaico, de punto de partida, de esta corrupción acontecida y que nos hace posible indicarla.

Curiosamente, y ante nuestra propia extrañeza (y justamente por ella), todo parece sugerir que lo que termina resultando incomprensible del *événement* de 2008 es que el mundo histórico y social mismo de las democracias capitalistas avanzadas en que ha acontecido, y al que nosotros mismos (peruanos) pertenecemos como periferia, ha revelado ser un mundo “corrupto”, donde todos y nadie, los que mandan y obedecen, los banqueros, las calificadoras de valores y las empresas, los gobiernos y sus funcionarios políticos y judiciales, la prensa y su pléyade de analistas inteligentes, todos y nadie generan juntos una atmósfera corrupta, donde ocurren cosas corruptas *corruptamente*, es decir, con la complacencia de los dispositivos que debían evitarlas o corregirlas: cosas corruptas que, increíblemente, pareciera que no hubiera modo de resolver. La atmósfera emocional, el estado anímico del poblador de las democracias capitalistas avanzadas parece hallarse ante un mundo cuya constitución civil no pareciera –para usar expresiones algo inusuales entre los filósofos de hoy– contener eventos corruptos a manera de *accidentes*, como otros mundos históricos verosíblemente podrían padecer o haber padecido,

---

<sup>16</sup> Cfr. John RAWLS, *Liberalismo político* [1993], México, Fondo de Cultura Económica, 1996, cap. III.

sino pertenecer a un universo que estaría corrupto por su *constitución* misma, esto es, por su *esencia*.

Resulta una lección saludable de la filosofía anglosajona posterior a Ludwig Wittgenstein el haber revalorizado el lenguaje ordinario, así como sus dimensiones contextuales y pragmáticas. El tema del pronóstico o los pronósticos posibles para un *événement* / *miracle* como 2008 va a ser asociado a la naturaleza civil del mundo en que el evento corrupto ha acontecido, esto es, a su esencia; pero tratar de la esencia del mundo histórico del que el *miracle* 2008 es portador, del cual es Ser como llamado, va a significar una reflexión sobre el lenguaje que nos ha permitido considerar "corrupto" ese evento desde un inicio. Es desde allí y solo desde esa posición que el llamado del Ser nos llama a algo, esto es, sugiere acciones en un horizonte posible de futuro del cual ansiamos hacer pronósticos. Sumidos en la esencia de la constitución civil del cual el evento aparece como síntoma, nos centraremos en el orden de pronósticos que esa constitución hace o no hace posible. Para lograrlo, y re-signada desde la experiencia que lo justifica, la reflexión colocará ese lenguaje, el de *nosotros*, en su significación más firmemente arcaica.

#### 4. PRONÓSTICOS Y ESENCIA ALTERADA

No podemos abordar el lenguaje de lo corrupto abandonándolo a la suerte de los que han carecido de las reglas para expresar aquello en lo que ellos mismos vivían. Se nos escapa el hecho de que los analistas, los políticos, los publicistas, etc., quienes son los usuarios del lenguaje medio en que se articula *el hablar de la corrupción*, poseen una variedad de lenguaje que no resulta ser a veces el de todas y de todos, sino solo el de *ellos*, pues es evidente que solo son *ellos* quienes lo usan. *Ellos* dicen: "persona con habilidades especiales", "afroamericano" o "estadounidense", allí donde los no analistas, los no políticos, los no publicistas, etc., que es también un *nosotros*, dirían "discapacitado", "negro" o "americano" / "norteamericano" (como al igual que los excluidos de su lenguaje, dicen *ellos* también "coreano" / "noricoreano" sin que eso les plantee reparos sobre lo que es "correcto" decir). Así visto el tema, el registro de ese lenguaje resulta ser un criterio de identidad para el analista, el sabelotodo, etc., un modo de resultar investido de cualidades en ese mundo de todas y de todos, que es en realidad siempre el de *ellos* mismos cuando juegan a la persona del analista, del político, del publicista, etc., respectivamente: cuando son *correctos*.

El lenguaje público es un criterio de investidura para tipos de "persona". Esto sugiere presuposiciones en sus usuarios así investidos que no son ni mucho menos solo de índole semántica, sino también ética, política y, en última instancia, metafísica. La corrupción ha acontecido en su mundo y es allí, por tanto, evento. Se trata de un *miracle* / *événement* también, sin embargo, en el

margen del mundo histórico donde los analistas y los sabelotodo constituyen el centro: allí donde habitan los excluidos de ese mundo, los que habitan en el margen, por así decirlo<sup>17</sup>. Allí se hallan los que no alcanzan su identidad en la persona del analista, el político, el publicista, etc., sino en la persona del desempleado o del indignado español, por así decirlo. Esto sugiere librar aquí al discurso de obedecer a ese lenguaje, para explorar un lenguaje anterior, aquel desde el cual es posible para el hombre, a través de la “corrección”, cultivar la inteligencia al igual que todas y todos: ese lenguaje anterior es también y de manera primera el del desempleado o del indignado que, por ser no analista, no publicista, etc. es también no correcto. Ese es el ámbito del filósofo, en tanto es también un indignado y no un analista, un sabelotodo, etc. Se ha de hacer ahora un abordaje desde el lenguaje ordinario que (curiosamente) es *procedencia* para el de *ellos*.

Hay una hermenéutica de la corrupción en las democracias avanzadas que está implícita en los pobladores no publicistas que se indignan; *nosotros* hemos llamado “corrupción” a la experiencia que 2008 nos ha significado, haciendo uso para expresar esa experiencia de *nuestro* lenguaje. Vayamos ahora a lo más elemental que hace el usuario de un lenguaje: a su etimología.

“Corrupción” procede del latín *corruptio*, que es a su vez la forma sustantivada, el nombre de algo que remite al verbo *corrumpo*, *corrupti*, *corruptum*; la significación arcaica latina básica es “aniquilar” o “destruir”, vinculada también a “alterar” o “falsificar” (moneda), y también a “corromper”, en el sentido social que nos es familiar, a una persona, o también a un administrador estatal o un funcionario; que algo se corrompe porque se “aniquila”, por tanto, puede tener el sentido de haberse alterado, lo que en el caso del asunto público no conduce a la idea de su aniquilación física, sino de la pérdida de su capacidad de actuar, su dis/capacidad de hacer lo que le es propio; “corromper” resulta allí como de/potenciar, des/activar; se trata de cambiar algo que subyace inútil, como un funcionario o un juez corruptos, que no dejan de ser jueces o funcionarios, aunque la corrupción los incapacita para actuar o ejecutar lo que ellos *son*, con lo que el corrupto es y no es a la misma vez, es como otro (*alter*) de sí mismo. Esta, como veremos, termina siendo la entrada principal para “corromper” y sus derivados en *nuestro* español.

El *Diccionario de la Real Academia Española* (RAE) en su versión de 1956<sup>18</sup> –que es la que el autor tiene disponible en su biblioteca–, la entrada principal para “corromper” es “alterar y trastocar la forma de alguna cosa”, también “echar a perder”, “pudrir”; “sobornar” (un funcionario); interesan las

---

<sup>17</sup> Cfr. Víctor Samuel RIVERA, “Ex Oriente salus. Política desde el margen”, en VV. AA., *Ontología del declinar. Diálogos con la hermenéutica nihilista de Gianni Vattimo*, Buenos Aires, Biblos, 2009, pp. 311-334.

<sup>18</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*. Décimo octava edición, Madrid, Espasa-Calpe, 1956.

entradas del RAE más remotas y secundarias, en tanto es bien sabido que en los usos sociales efectivos las acepciones se traslapan y se re-significan las unas con las otras. El diccionario RAE de 1956 cita “pervertir a una mujer” (en este tiempo de las democracias tan avanzadas sería más *correcto* agregar “un hombre, mascota, niña o niño”), pero también “pervertir las costumbres”, “incomodar, fastidiar” (a alguien) y, al último, “oler mal”, es decir, adquirir olor pestilente. Y aquí hay elementos interesantes filosóficamente, que refuerzan lo antes adelantado. Si estamos en lo correcto, y el conjunto de todas las significaciones se traslapan y confunden en el uso, se ha de permitir referir todas a la primera entrada, la principal, que es inusualmente filosófica. En ella “corromper” es “alterar la forma”, es decir, aparece como un modo relativo a la *esencia* “de una cosa”; en ese modo lo que es –sin importar su definición o su clase– se corrompe cuando ocurre algo así como el trastocamiento, la distorsión, la alteración de la esencia. No la aniquilación, el fin, o la muerte de la esencia, sino una alteración que la deteriora o de/potencia a la misma vez que la conserva y mantiene y que tiene lugar con ella; “rompe” y malogra a la misma vez que acompaña y preserva la esencia (lo que se puede inferir de la etimología de *co-romper*).

Las esencias que se alteran en la corrupción se de/potencian; es interesante observar que no se de/potencian las cosas, sino las esencias en las que las cosas se hallan instaladas. Es importante subrayar en este carácter esencial de aquello que se malogra o echa a perder en la corrupción, que disemina un alcance ontológico, desde la entrada principal RAE a todas las derivadas.

Se observa que las entradas secundarias RAE son de dos tipos; unas son relativas a diversas esencias en particular que se corrompen, otras relativas a los efectos de la corrupción en el mundo humano. De un lado, tenemos “alterarse” respecto de un tipo particular de “cosa”, como “una mujer”, “las costumbres”; en “pudrir”, referido a la naturaleza, en contraste con los asuntos relativos al hombre. Las entradas finales de la RAE se refieren a los efectos de la alteración en relación con un ser humano, lo que vale para “pervertir” y también para “incomodar” y “oler mal”. Lo que se altera también *nos* altera, esto es, lo alterado es eso mismo, que ahora nos altera, nos perturba, nos choca, nos molesta y nos incomoda, y nos hace así otros de nosotros mismos; la *esencia alterada* se apodera de nosotros y nos sus trae de nosotros mismos hacia ella, que es lo que la significa. Incomodarse, para decirlo con un tecnicismo de Ludwig Wittgenstein, se convierte en un *síntoma* o criterio de la esencia<sup>19</sup>; este significa, presenta la *esencia alterada*,

<sup>19</sup> Cfr. Robert ALBRITTON, “On Wittgenstein’s Use of the Term *Criterion*”, en Georges PITCHER (dir.), *Wittgenstein: The Philosophical Investigations*, London, MacMillan, 1958, pp. 231 y ss.; Pilar LÓPEZ DE SANTA MARÍA DELGADO, *Introducción a Wittgenstein. Sujeto, mente y conducta*, Barcelona, Herder, 1986, pp. 115-117. En términos generales, cfr. Alfonso GARCÍA SUÁREZ, *La lógica de la experiencia. Wittgenstein y el problema del lenguaje privado*, Madrid, Tecnos, 1976.

re-presenta la esencia corrupta como un acontecimiento ontológico, que es y puede ser reconocido como tal.

Una *esencia alterada* en el mundo histórico y social se significa en la capacidad de alterarlo y trastocarlo, apropiándose de la experiencia de ese mundo y sustrayéndolo así de su cotidianidad. Debe agregarse que esta *esencia alterada* es un *evento malo*, es decir, se relaciona con el hombre al modo de un mal; por eso incomoda, molesta y, en definitiva, *apesta*. Como es fácil notar, tras nuestras propias significaciones banales sobre lo corrupto y la corrupción se esconden presuposiciones ontológicas que, referidas a un mundo histórico, en este caso, a aquel mundo en cuyo lugar el *faktum* 2008 es *miracle/ évènement*, nos hablan a la vez tanto del ser de ese mundo como de su acontecer como un evento. Y lo hacen desde un horizonte que dice de su particularidad histórica, es decir, de un acontecimiento que va con la esencia de esa particularidad, que acontece como el oler mal de una cierta esencia.

La cultura filosófica de las democracias podría quizá sentirse incómoda al hacer un discurso sobre “esencias” que se alteran, de mismidades que acontecen como un mal. Como estamos interesados en referir la reflexión al ámbito histórico y social, que es donde se halla el *faktum* de la corrupción, es preciso encontrar alguna definición de esencia que sea lo suficientemente permeable para efectos de nuestro trabajo; en cualquier caso, resulta fundamental que el término pueda traducirse en huellas o indicadores históricos y sociales que la premisa misma presupone y que es lo que califica esta reflexión como hermenéutica<sup>20</sup>. Es notorio que se ha elevado el *faktum* de la corrupción en las democracias a una reflexión ontológica, que en parte se ha inspirado en las resonancias de nuestro propio lenguaje común.

Vamos a valernos aquí de una versión consecuencialista de la definición que hizo Wittgenstein de “esencia”. Es conocida la definición de “esencia” que se halla en las *Investigaciones Filosóficas* (IF 371): “La esencia se expresa por la gramática”<sup>21</sup>. En principio, por “gramática” Wittgenstein remitía a los usos que las palabras tienen en contextos específicos (juegos de lenguaje) que, a su vez, se traducen en ciertas reglas, es decir, en una descripción de conductas posibles que hacían posible tanto reconocer una esencia como predecir lo que podríamos llamar su *carácter operativo* a través de ella, es decir, qué puede o no ser razonable esperar que suceda dada la presencia de la esencia en una forma de vida humana<sup>22</sup>. El propio Wittgenstein observó que esas reglas

---

<sup>20</sup> Cfr. Jesús CONNIL SANCHO, *Ética hermenéutica. Crítica desde la facticidad*, Madrid, Tecnos, 2006, p. 273.

<sup>21</sup> Ludwig WITTGENSTEIN, “Investigaciones filosóficas”, en *Tractatus Logico-Philosophicus. Investigaciones Filosóficas. Sobre la certeza*, estudio introductorio de Isidoro Reguera, Madrid, Gredos, 2009, p. 406.

<sup>22</sup> Cfr. Pilar LÓPEZ DE SANTA MARÍA DELGADO, *op. cit.*, pp. 113-116; Alfonso GARCÍA SUÁREZ, *op. cit.*, pp. 111 y ss.

pueden ser variables, y que su conocimiento se relaciona más con prácticas, que se desagregan en “criterios”, indicadores dentro de las prácticas mismas de cuándo una interpretación de las prácticas es adecuada<sup>23</sup>. Insistió también, sin embargo, en que una gramática, esto es, lo que Wittgenstein consideraba una esencia, se reconoce en el contexto de las prácticas y su sentido por ciertas acciones, es decir, formas de comportamiento que realizan la esencia y que, por lo mismo, corresponden con pronósticos sobre acciones posibles<sup>24</sup>.

En nuestra versión consecuencialista de lo que es una esencia/gramática, tomaremos el conjunto de los criterios que constituyen una gramática wittgensteiniana como un rango de futuros pronosticables de acciones humanas en un contexto de prácticas que pueden, variablemente, calificarse de más o menos adecuadas a algo que podríamos llamar *lo esperado* en función de la esencia. Nos limitaremos a los pronósticos de lo que se espera hacer o no hacer en relación con lo designado en cada caso como “esencia”.

Hablamos de “pronósticos” en el sentido específico en que de Maistre, Schmitt o Cicerón lo hacían: como una suerte de conocimiento anticipado de lo que se hará, bajo el supuesto añadido de que eso tiene sentido para *esencia* en una dimensión histórica y social. Para hacer sencilla una operación que no tendría por qué ser compleja, vamos a considerar la esencia en relación con efectos o consecuencias socialmente previsibles, esto es, que un conocimiento medio o la familiaridad del trato permite pronosticar qué pasará o no pasará, qué se ha de actuar o realizar (o no actuar o no realizar); tengo el saber de una esencia en la medida en que puedo anticiparme a qué puede acontecer con ella. No toda esencia es histórico-social y por ello no tiene sentido tratar en cada caso de una esencia con pronósticos, pero es evidente que, a partir del *faktum/miracle* 2008, la experiencia corrupta nos lleva en esa dirección.

Cuando referimos “esencia” relativamente a un mundo histórico acontecido nos hallamos en el ámbito de los pronósticos de familiaridad de Cicerón, donde el que entiende de qué se trata tiene una cierta idea de qué va a pasar respecto del significado de aquello de lo que entiende. En este contexto, el que sabe de la esencia, puede pronosticar, tiene el *saber* de las consecuencias, referidas estas a su vez a acciones humanas, esto al margen de si es o no exitoso cada uno en sus predicciones. En este contexto, aunque tratamos de un mundo histórico y social, no se reprochará considerar expositivamente lícito valerse de un ejemplo banal que sea semejante, pero más sencillo que un *faktum/événement* histórico corrupto. En la entrada del RAE que da por “corromper” el sinónimo “pudrir”, la alteración de la esencia está relacionada con seres

<sup>23</sup> Cfr. R. M. HARE, *El lenguaje de la moral* [1952], México, Instituto de Investigaciones Filosóficas/ Universidad Autónoma de México, 1975, cap. VI; Alfonso GARCÍA SUÁREZ, *op. cit.*, pp. 156 y ss.

<sup>24</sup> Cfr. Ludwig WITTGENSTEIN, *Investigaciones filosóficas*, p. 473 (IF, 545, 546).

naturales, extraños a los políticos y los sabelotodo, pero familiares a los filósofos. Pensemos en una manzana.

Tengo una manzana. Me pregunto por sus efectos, esto es, por lo que suponemos son consecuencias previsibles y esperables respecto de una manzana: la podemos partir en trozos con un cuchillo, la cesta de fruta es un buen lugar para guardarla, puede hacerse jugo de manzana, en el mercado hay que buscarla en la sección de fruta, es buena como ingrediente en una dieta, etc. Definitivamente, la manzana *huele* a manzana. Cuando la manzana se pudre o corrompe, esto es, se “altera la forma” de manzana, esta (la forma) no desaparece, no es destruida o aniquilada, sino que permanece la misma, solo que bajo una forma tal que los efectos, vale decir, los acontecimientos que podemos predecir de manzana no son más los mismos, o bien no son los mismos en todos los casos, y lo que pasa con manzana cambia (se trastoca) de manera que sus efectos, lo que es previsible de una manzana, se ha vuelto extraño; esto nos conduce a una situación de incertidumbre y desconcierto, donde no sabemos ya qué hacer o esperar (qué se hace o se espera con manzana). El margen de *lo esperado* deviene incierto. La esencia de la manzana sigue siendo la misma en esta manzana que tengo, solo que los efectos pronosticables se han alterado. Si la manzana se ha podrido, esto es, si se ha *corrompido*, aunque siga siendo manzana (*es manzana*), quizá no podamos cortarla con un cuchillo, o bien ya la cesta no sea un lugar apropiado para guardarla; sería extraño, mas no imposible, hallarla alterada como está en la sección de fruta en el mercado; habría que ser muy valiente para ingerirla como parte de una dieta y, definitivamente, aunque todo lo demás puede tanto ser como no ser, la manzana no *huele* ya más a manzana.

Es notorio que en las cosas naturales corrompidas la pestilencia sea un rasgo más confiable de que se ha alterado la esencia, es decir, que lo mismo ha sido des/activado en sus efectos y, en relación con sus consecuencias, se ha trastocado es un no-lo-mismo. Ocurre con seres definitivamente muertos, no como en manzana, sino como en un cadáver, en cuya podredumbre se halla la *esencia alterada*, pues el ser que apesta se clasifica aún como en estado viviente. Ya que las significaciones posibles en los usos sociales se traslapan, lo que se ha sugerido sobre la alteración ontológica de manzana, incluyendo su pestilencia, puede razonablemente trasladarse al mundo histórico y social. El primer indicio de la alteración de la esencia, aquello que la establece como tal, es que genera malestar e incomodidad, lo cual es una manera de apestar; como ya se ha visto, la alteración de la esencia tiene como criterio en el mundo humano el que lo altera también a este como la experiencia de un mal, en calidad de *evento malo*. Alteración de la esencia en el mundo social, como la pestilencia que incomoda en la manzana alterada, es co/alteración; lo mismo corrupto es así experimentado como un mal presente o la presencia de un mal.

La pestilencia de la alteración de la esencia corresponde a la alteración del mundo del hombre en que acontece. Esto *malo* del *evento malo* podría, sin

embargo, llegar a ser un mal consentido, es decir, un mal que de alguna manera es deseado, como se expresa en los sobornos. Un soborno corrompe, pero la efectividad del soborno radica en que se hace atractivo desde la esencia misma que se altera. Pervertir a una mujer (u hombre, mascota, niña o niño) es en cierta medida hacer que la mujer, mascota, hombre, niña o niño *deseen* aquello que apesta en su propia corrupción; es la modalidad en que ellos y los pequeños ellos y ellas aparecen alterados y se hacen “correctos” alteradamente, algo que recuerda de manera sencilla a los periodistas, expertos y señores sabelotodo políticamente correcto/ hablantes. Aun así, lo que es deseable, por ser corrupto, es ontológicamente *malo*; acontece una modalidad mala de la esencia, que ahora es pervertida. Una *esencia alterada* puede sobornar, esto es, hacerse deseable en su carácter pestilente mismo.

Un mundo histórico instalado en un mal muy grande es un mundo muy corrupto, pero cabe pensar que, si ese mundo es instalado, vale decir, si subsiste en el tiempo histórico, pueda hablarse de un soborno ontológico; en este soborno el *evento malo* seduce y pervierte, malogra la experiencia de la esencia, que es deseada en su forma alterada y no en la otra forma; incomoda poco o simula su incomodidad con alguna compensación análoga a un soborno.

En la *esencia alterada* y deseable de un mundo instalado y sobornado ontológicamente el hombre que la habita es sustraído de la incertidumbre y del *no saber* propio de lo podrido. Puesto que *desea* ese mundo, puede pronosticar el mal que produce, ponerlo en escena y actuarlo, como el funcionario corrupto actúa corruptamente, realizando un mal cuyo acontecer depende de su praxis corrupta; la *esencia alterada* de ese mundo se llena así de consecuencias/ efectos previsibles, que apestan a la vez que son deseables. En el caso que es de nuestro interés, si se auxilia la economía corrupta es porque esa misma economía corrupta es deseada, porque se toma por correcto políticamente por sus agentes perpetuarla en el tiempo, por decirlo así. Cuando esto ha sucedido, acontece que el mal de la alteración actúa, se realiza en la actividad de los agentes sociales; su propia acción genera en la realidad la norma “correcta”, correcta políticamente, aunque mala ontológicamente. Pero entonces el mal, a la vez moral y ontológico, se ha convertido en un *dispositivo*, es decir, para usar a nuestro modo este término de Giorgio Agamben, en una forma ontológica de disciplina, que ordena de modo no voluntario las acciones relativas a que se dispone en el dispositivo, que se instala y adquiere el rango de una esencia<sup>25</sup>.

De pasada, esto resuelve una paradoja pendiente en la hermenéutica, que es la experiencia histórica y social del mal: ¿cómo el Ser puede acontecer como un mal? El Ser parecería estar más allá de esas distinciones, pero al realizarse como acontecimiento, adquiere también la tonalidad emocional que lleva

<sup>25</sup> Cfr. Giorgio AGAMBEN, *¿Qué es un dispositivo, seguido de El amigo y de La Iglesia y el Reino* [2006], Barcelona, Anagrama, 2015.

consigo la diferencia entre lo bueno y lo malo, que en el caso del *miracle/ événement* 2008 resulta claramente pregnante: es lo que a ese acontecimiento lo hace pestilente y, en consecuencia, revela el carácter arcaico de la corrupción que porta consigo. Sea permitido ahora un paréntesis sobre el mal y la hermenéutica de Gianni Vattimo.

Gianni Vattimo es el filósofo de tradición hermenéutica más notable del presente tiempo que niega interés filosófico al mal. Piensa que el mal no es acontecimiento y que carece de sentido interpretarlo, como aquí se ha hecho, como una experiencia histórica y social genuina, que requiere reflexión y frente a la que no es posible la indiferencia del filósofo. En esto ha abordado el tema de modo tal que no corresponde a la experiencia histórica y social en cuyo seno la hermenéutica misma alcanza su significado; ya hemos comentado esto antes y en gran medida el presente escrito es para encarar la tesis del filósofo turinés<sup>26</sup>.

Como ha notado Schmitt, el interés en el bien y el mal es tan básico en el hombre como el de lo bello y lo feo, o de quién es amigo o enemigo<sup>27</sup>; intereses como los mencionados son trascendentales de la existencia humana en un mundo y es razonable considerarlos *existenciaros*, es decir, condiciones de posibilidad de la comprensión humana, aquello sin lo cual esa misma condición resulta in/interpretable. Vattimo mismo, en diversas obras, subraya el rol de los existenciaros en el pensamiento hermenéutico a partir de *Sein und Zeit* de Heidegger (1927)<sup>28</sup>. Estos existenciaros, como es bien sabido, no son meros conceptos o categorías, sino que tienen relevancia filosófica porque se trata de condiciones necesarias para la comprensión de la condición humana. Es notorio que estos existenciaros *acontecen*, son el ser del hombre que se realiza como interpretación histórica. ¿Cómo no habría de preocuparse el hermeneuta del *acontecer* de estos existenciaros? Es precisamente en ese acontecer que el Ser hace sus “llamados” al hombre y, con toda certeza el mal, como nos parece evidente, es capaz de llamar al hombre y el hombre de prestarle lealtad).

## 5. LA CORRUPCIÓN POLÍTICA COMO DISPOSITIVO

“Dispositivo”, tal y como aquí va a ser usado, es un término que se ha tomado de Giorgio Agamben, quien le ha dedicado el folleto “¿Qué es un dispositivo?” (2006). Explica el autor italiano allí de manera precisa este término,

<sup>26</sup> Cfr. Gianni VATTIMO, “Il male que non c’è 1,2”, en *Della realtà. Fini della filosofia*, Milano, Garzanti, 2012, pp. 197-207; René GIRARD y Gianni VATTIMO, *¿Verdad o fe débil? Diálogo sobre Cristianismo y relativismo* [2006], Buenos Aires, Paidós, 2011, pp. 53, 62-63; Víctor Samuel RIVERA, “Discurso sobre la Lección de despedida de Gianni Vattimo”, en Teresa OÑATE et al. (eds.), *El compromiso del espíritu actual. Con Gianni Vattimo en Turín*, Madrid, Aldebarán, 2010, pp. 224-226,

<sup>27</sup> Carl SCHMITT, *El concepto de lo político* [1932], Madrid, Alianza Editorial, 2002, pp. 56 y ss.

<sup>28</sup> Por ejemplo, cfr. Gianni VATTIMO, *Introducción a Heidegger* [1971], Barcelona, Gedisa, 2006, pp. 36 y ss.

sustraído originalmente de Michel Foucault, y que vamos a acomodar ahora para sacarle una cierta rentabilidad discursiva en el diagnóstico ontológico de la corrupción política en las democracias avanzadas. El término había sido empleado antes en *Estado de excepción*<sup>29</sup> y adquiere una dimensión peculiar en *El reino y la gloria*<sup>30</sup>, que resulta aquí como un desarrollo de *El dispositivo*. Deudor del método arqueológico de Michel Foucault, expuesto en *Signatura rerum*<sup>31</sup>, Agamben extiende la búsqueda del *arché* que le sirve de horizonte en el folleto de 2006 hasta los orígenes de la expresión dentro de la teología cristiana del gobierno divino del mundo, que hacia los siglos II-VI tradujo el ancestro latino de “dispositivo” en *dispositio*, versión de los teólogos latinos para *oikonomía*<sup>32</sup>; se trata de una expresión griega cuyo origen a su vez se remonta a fuentes tan diversas como los *Económicos* del Pseudo Aristóteles y el problema del mal en un mundo administrado por la divinidad buena, heredado de una centenaria polémica entre estoicos y epicúreos y que se plasma luego en la teología cristiana desde la obra de San Clemente de Alejandría<sup>33</sup>. Agamben, que se interesa en la hermenéutica de la actualidad, sugiere así una arqueología de los dispositivos de gobierno en las democracias capitalistas avanzadas<sup>34</sup>. Por el momento, nos limitamos a hacer honor a la fuente de la expresión, de cuyo significado presente sustraemos sus consecuencias ontológicas.

Ha de hacerse la salvedad de que hay un pasado presente que hace sentido a esa expresión, que vamos a simplificar ahora para efecto de nuestra propia exploración arcaica de la corrupción en las democracias que el *faktum* 2008, como *événement* acontecido, nos ha llevado a pensar y que hemos planteado como manifestación de una *esencia alterada* en la economía, es decir, en el régimen que estas mismas democracias capitalistas tardías significan para sus súbditos.

El punto es que podemos establecer un significado técnico para “dispositivo” con la idea de re/significarlo en el contexto de esta hermenéutica del *faktum*-2008 y lo que presuponemos en el plano ontológico al llamarlo “corrupción”. “Dispositivo” procede del latín *dis-ponere*, que sería como acomodar, administrar o gestionar, llevar a la realidad estableciendo y conservando un orden; en relación con un mundo, el gobierno de ese mundo, esto es, el concierto de su continuidad. Creo que se puede decir, sin ser infiel, que Agamben –siguiendo a Foucault– sostiene que su uso puede ser aplicado

<sup>29</sup> Giorgio AGAMBEN, *Estado de excepción* [2003], Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2007.

<sup>30</sup> Giorgio AGAMBEN, *El reino y la gloria. Una genealogía teológica de la economía y del gobierno*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2008.

<sup>31</sup> Giorgio AGAMBEN, *Arqueología filosófica, Signatura rerum. Sobre el método* [2008], Barcelona, Anagrama, 2010, pp. 109-150.

<sup>32</sup> Cfr. Giorgio AGAMBEN, *¿Qué es un dispositivo?*, pp. 17-22.

<sup>33</sup> Cfr. *Ibid.*, p. 20.

<sup>34</sup> Cfr. *Ibid.*, pp. 30 y ss.

indistintamente a cualquier cosa relativa a un ordenamiento, un ordenamiento que involucra obediencia consentida y libre. Como una mesa. Incluso como una manzana, cuya esencia, de alguna manera, *dis-pone* de nosotros.

Dispositivo manzana: Nos dice qué hacer sin consultarnos, y nosotros realizamos, actuamos eso que se nos dice en calidad de acción propia. Como ya debe estar sospechando el lector, manzana contiene un saber que expresamos cuanto actuamos con ella y decimos qué se puede o no hacer, esto es, cuando nos referimos a sus efectos o consecuencias previsibles, lo que en el mundo histórico y social se traduce en una prognosis de prácticas esperables. En ese sentido, manzana aparece como rectora y regente, como agente que *dis-pone*, aunque seamos nosotros los que carguemos con su realización, ya que el trabajo de la esencia recae sobre los hombres. La cortamos en pedazos con un cuchillo, o preparamos un jugo con ella; la colocamos dentro de una cesta de fruta, etc., con todo lo cual actúa en nuestra acción un encargo de gobierno que, extrañamente, hay que remitir a la manzana misma. Como dispositivo, manzana es aquello que se describe en sus efectos, que son nuestras acciones/ manzana. Esto carecería de toda relevancia si no fuera porque hay dispositivos que esperan de nosotros acciones mucho más complejas, que se instalan en un horizonte histórico y social; que resultan ontológicamente más significativas, eso bajo el supuesto de que la ontología, como se ha hecho aquí, se ocupa de los mensajes del Ser en la historia, que han de ser dispositivos también, con la salvedad de que su *margen histórico* es mucho más acentuado que en manzana.

Virtualmente, de cualquier referencia humana, “dispositivo” puede decirse de “cualquier cosa”<sup>35</sup>. Hay un dispositivo Revolución francesa, uno democracia capitalista tardía, un dispositivo periodismo, por ejemplo, por el que el saber público se uniformiza y simplifica, y para el que es incorrecto matizar y disentir, que es lo que se significa con esa expresión tan disciplinaria del tiempo del capitalismo tardío: “políticamente correcto”. Este mismo sintagma es un dispositivo también; nos fuerza a considerar bellas representaciones artísticas grotescas o absurdas; a ver películas históricas cuyas sociedades aparecen como multirraciales, igualitarias o antirreligiosas, aunque la sensibilidad histórica más elemental se vea afectada; nos fuerza a ver mismidad donde es evidente que es físicamente no posible no ver diferencias; nuestros ojos, sin embargo, obedecen. *Dis-puestas* y *dis-puestos*, nuestras “ojas” u ojos ven correctamente *lo imposible*. La vista “políticamente correcta” administra su ver como hacían los físicos aristotélicos para encontrarles defectos técnicos a los telescopios del siglo XVII: los telescopios revelaban un mundo para ellos regulado por el dispositivo El Filósofo; luego, tenían que ser defectuosos<sup>36</sup>.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>36</sup> Cfr. Thomas KUHN, *La revolución copernicana*, Barcelona, Hispamérica, II, 1978, pp. 262, 286-294.

Desobedecer a un dispositivo es desafiar un poder, y es también mostrar un no-saber mandatorio, por ejemplo, que lo más insulso, lo más comprensible y estúpido debe primar en el conocimiento social sobre lo más inteligente y lo más sensato que, rápidamente –como ha notado a su modo Pierre-André Taguieff– activa el dispositivo “fascista”<sup>37</sup>: los investigadores en ciencias humanas y sociales se autocorrigen obedientemente si algo les sugiere estar poniendo en cuestión los dispositivos “democracia avanzada” o “economía de mercado”. Por eso no debe extrañar que el intelectual crítico de las sociedades capitalistas avanzadas sea esencialmente un conservador; como ser *dis-puesto* por un dispositivo “correcto”, la versión corrupta de un intelectual.

La cámara de gas alemana fue un dispositivo, cuando existió, y a ella obedecieron tanto los alemanes de las SS como los disciplinados judíos, ejecutando juntos en armonía el dispositivo “cámara de gas”, en el sentido en que hemos tratado aquí la expresión *esencia*.

Un dispositivo, independientemente de que sea pensado para un mundo histórico, administra un cierto dominio de la praxis humana, estableciendo un régimen para la acción. Ese régimen y sus consecuencias no deben decirse en primera instancia de una voluntad humana, ni siquiera de un pensamiento debido a un genio fundador, que hubiera creado las reglas del dispositivo, por así decirlo, o a un regente, que hubiera *dis-puesto* tal ordenamiento o plan o constitución, ni que tiene un mandatario. Solo hay administradores; ellos están *dis-puestos* y se definen porque ponen en práctica el dispositivo. Hay un poder, que es la acción del dispositivo mismo, y un saber, que es también un obedecer ordenadamente el dispositivo. Ni el poder ni el saber son externos a la ejecución dispuesta. Solía decir el conde de Maistre (a quien quizá pocas veces he citado con tanto acierto como ahora), que en la Francia de 1793 algunos pretendían *llevar el carro de la revolución*, pero en realidad era la revolución la que los llevaba a ellos<sup>38</sup>, parte de cuya obediencia se manifiesta en haber creído seriamente ser *ellos* sus planeadores, autores, genios fundadores o incluso sus mandatarios<sup>39</sup>.

No queda duda razonable al decir, a manera de abreviatura histórica, que Adolfo Hitler fue fundador y líder del Nacional Socialismo. Martin Heidegger hizo análogo ese último caso con el autor de una obra de arte. No puede ser negado que Antonio Cánova esculpió *Las tres gracias* pues las hizo, literalmente, con sus manos. Heidegger pensó, sin embargo, que una consideración de la obra de arte como algo que conmueve, es decir, altera y disloca la experiencia,

<sup>37</sup> Cfr. Pierre-André TAGUIEFF, *Les contre-réactionnaires. Le progressisme entre illusion et imposture*, Paris, Denoël, 2007.

<sup>38</sup> Cfr. Joseph DE MAISTRE, *Considérations sur la France*, 1821, p. 8.

<sup>39</sup> Cfr. *Ibid.*, p. 6.

desplaza el acento desde lo voluntario a *una dimensión sin voluntad*, a lo que aquí hemos denominado una *esencia*.

Es ilustrativo detenerse un momento en *El origen de la obra de arte*. Heidegger dictó originalmente esta conferencia en 1934; su contexto sugiere una reflexión sobre la experiencia de verdad en el arte y sobre la verdad en general en un horizonte político, algo que muy pocas veces ha sido subrayado de manera directa y, cuando lo ha sido, se lo ha hecho ignorando el contexto nacional socialista que es fácil entrever en esa conferencia<sup>40</sup>. En este caso, como una analogía para comprender el rol de Hitler en la experiencia social y la *verdad* del Nacional Socialismo. Es muy posible que lo haya hecho inspirado en el –entonces reciente– Congreso del Partido Nacional Socialista en Núremberg, así como por el famoso documental que Leni Riefenstahl hizo al respecto en 1934, *El triunfo de la voluntad*. En cualquier caso, el auditorio de la conferencia original de Heidegger no era ajeno a ese contexto de política fusionada en arte. Riefenstahl ganó ese mismo año de 1934 el Premio del Festival de Cannes en calidad de artista fílmica: una obra de arte sobre la obra de arte que el Congreso de Núremberg parece haber sido cuando se ve el film de Riefenstahl<sup>41</sup>.

El lector entre líneas de *El origen de la obra de arte* ve comparado a Hitler con Vincent van Gogh; Heidegger parece sugerir que el liderazgo/voluntad de Hitler debe interpretarse como la capacidad de van Gogh o Cánova de “calibrar” como un plan de su mente brillante la experiencia de una obra de arte que habría de alojarse algún día en un museo, es decir, con algo cuyas consecuencias salen fuera de su control, como en efecto es el caso. Heidegger comparó –como cualquiera que escuchara la conferencia en 1934 debe haber supuesto– a Hitler con un artista, cuya *voluntad* pareciera expresarse como “la fundación de un Estado”<sup>42</sup>. Si hay un dispositivo manzana, donde el peso de lo normado no recae sobre la voluntad humana, sino sobre la manzana obedecida (incluso cuando se ha podrido), es razonable pensar que en el dispositivo obra de arte no sea algo diferente. Heidegger sostuvo que justamente porque es así, con mayor razón lo es en los acontecimientos históricos y sociales, aunque es obvio que son más complejos que las manzanas en sentidos que no viene al caso precisar.

Heidegger argumenta lo que podríamos llamar el carácter autónomo de la obra, su ser diferente de quien la ha creado, de lo cual infería que era modelo de presencia o manifestación ontológica en las obras en que el hombre toma concurso. Trataba de defender allí Heidegger que no resulta del todo correcto

<sup>40</sup> Cfr. Giorgio AGAMBEN, “Mundo y Tierra”, en *Lo abierto. El hombre y el animal* [2002], Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2007, pp. 134-136; Gianni VATTIMO, “Del diálogo al conflicto”, en Teresa OÑATE et al. (Coords.), *op. cit.*, p. 31.

<sup>41</sup> Cfr. Víctor Samuel RIVERA, “Ex Oriente salus”, p. 331.

<sup>42</sup> Cfr. Martin HEIDEGGER, “El origen de la obra de arte, *Sendas perdidas* [Holzwege, 1935], Buenos Aires, Losada, 1960, p. 51.

atribuir lo que es obrado en la obra de arte (y que obra en quien se altera al verla y lo conmueve) a XXX, esto es, al que rubrica, pues incluso este, si tal hubiera (como Cánova, van Gogh o Hitler), estaría *dis-puesto* también por ella, esto es, puesto a su servicio; antes que su autor (o su *Führer*), ya que trabaja para ella, sería su administrador; sería el *ministro de la obra*, su operario, aquel por el cual adviene una realidad autónoma o cuyo autor no es el hombre. “No es el *N.N. fecit* lo que ha de conocerse, sino solamente el *factum* debe mantenerse abierto”<sup>43</sup>, escribió entonces Heidegger.

Es importante insistir en que los dispositivos, al ser remitidos a acciones, a gobernar las acciones de los hombres, pueden hacerse corresponder sin mayor dificultad con la definición consecuencialista de *esencia* que hemos aquí sugerido. Dicho lo cual, puede afirmarse ya como una anticipación que la corrupción política en las democracias capitalistas avanzadas es un dispositivo, aunque en el específico sentido de una *esencia alterada*, que hemos sustraído de la ontología oculta en las significaciones ordinarias sobre la base de qué impresión el *miracle* 2008 nos ha dado: corrupción manifiesta, aunque inmanejable e incorregible. El dispositivo corrupción adquiere las notas ontológicas específicas de una *esencia alterada* y se reconoce porque apesta, esto es, porque altera el mundo humano donde se instala a la manera de un *evento malo*. La pestilencia actúa como un criterio del *evento malo*, pero (como se ha ya visto) no necesariamente toda *esencia alterada* aparece en el apestar.

No todo lo alterado se ha “echado a perder”, aunque de todo lo alterado puede pensarse que se ha de/potenciado y, por lo mismo, que resulta una *esencia alterada*. En cualquier caso, no todo lo que altera corrompe; la gramática de la alteración no es la misma que la de la corrupción. Esto significa que no todos los dispositivos que sugieren o significan alteraciones y alteran el mundo del hombre apestan también. Aunque la primera entrada para “corromper” es “alterar la forma de una cosa”, es manifiesto que funciona traslapada con la entrada posterior “incomodar, fastidiar, molestar”, lo que sugiere que una alteración que de/potencia una esencia solamente, sin la nota agregada de fastidio, no es aún corrupción. Pero la gramática de esencia, consecuencialistamente adoptada, estimula a pensar que la experiencia de una alteración que es un *evento malo* no necesariamente se realiza y se lleva a cabo como un *événement*, aunque desemboque en uno. Es razonable inferir que los efectos malos de la alteración en el *evento malo* se tomen su tiempo para resultar molestos.

El tiempo de la pestilencia no puede ser prescrito; es notorio que la pestilencia (el fastidio, etc.) puede hallarse ausente en una esencia des/potenciada. Una manzana dis/capacitada: no se puede cortar la manzana con el cuchillo, pero se halla en la cesta. ¿Cuánto demora en apestar la manzana? El

<sup>43</sup> Cfr. *Ibíd.*, p. 54.

dispositivo manzana se limita a actuar disponiendo qué hacer, y la alteración del dispositivo hace lo mismo, de tal modo que cuando este es operado por los agentes que obedecen y se pliegan al poder del dispositivo pueden no percibir incomodidad o fastidio, o pueden padecerlo en un tiempo muy grande, tan grande como varias generaciones humanas pueden serlo; con esta consideración temporal, queda claro que es posible pensar en una *esencia alterada* indiferente, o que no desemboque en un cierto fastidio sino en cierto largo tiempo. Esto equivale, por ejemplo, a la costumbre, como en “corromper las costumbres”. Al momento en el arco temporal en que estas se han “echado a perder” se hace altamente posible que los *dis-puestos* se hayan adaptado a sus costumbres corrompidas, y entonces la *esencia alterada figura* la *esencia* alterada. Lo echado a perder en un mundo histórico y social no apesta sino hasta cuando fastidia, y no antes, y no hay criterio-corrupción sino hasta cuanto el fastidio se ha transformado ya en un evento. Ya sabemos que una *esencia alterada* puede sobornar ontológicamente, que es como simular que huele bien porque uno se ha acostumbrado a la pestilencia.

¿Hay corrupción sin pestilencia? Por ahora, queda claro que la pestilencia (el fastidio, la incomodidad; la indignación de los indignados) es un criterio de la *esencia alterada*. Nada obstaculiza al pensamiento de que una esencia no comience a alterarse en un imperceptible proceso del que la pestilencia sea indicio cierto, final y terminal, como lo es para el dispositivo manzana la pestilencia que le es propia.

## 6. LA (CORRUPTA) DEMOCRACIA POR VENIR

En enero de 2008 mi amigo pintor predijo (pronosticó) en su granja de Liessies el fin del mundo histórico y social de las democracias avanzadas tal y como lo conocíamos; es manifiesto que eso no ha ocurrido. Los bancos que debieron haber quebrado siguen allí; las mismas calificadoras de valores de Bolsa continúan con su trabajo, y el conjunto de la cadena económica que falleció arrastrada con su fracaso continúa con lo suyo. La administración del Presidente George W. Bush respondió ante el *événement-2008* emitiendo miles de millones de nuevos billetes de moneda americana para salvar a los corruptos del desastre, aunque solo hayan sido los victimarios los beneficiados de esa respuesta. Resulta inevitable abarcar en la experiencia social de que hay algo corrupto en los agentes económicos vinculados a la Bolsa de Nueva York, al Presidente Bush y a su administración. Y a *todas y todos* los que les dieron justificación en calidad de expertos analistas, sabelotodo de televisión, ministros y parlamentarios, intelectuales euro-correctos, etc., quizá sin notar que la experiencia social de la corrupción terminaba involucrándolos a *ellos y a ellas mismas* como mercedores de cárcel u horca, dada la magnitud del mal que *ellos y ellas gobiernan*.

Correctamente: El indignado español expresa su malestar ante una *esencia alterada*, que llega a su experiencia en calidad de *evento malo*. Que esto permita la reflexión final de este documento.

Como había ya observado antes que Heidegger el conde Joseph de Maistre respecto de las instituciones sociales en general, el dispositivo corrupción, como todo dispositivo, es ontológico: no tiene a XXX por autor, gerente, conspirador, planificador o fundador<sup>44</sup>. La motivación personal de Bush, o la de los miembros de su administración para reflotar y proseguir en el tiempo una situación corrupta, podría no haber sido ella misma corrupta, a la manera personal; quizá Bush y sus administradores y expertos pensaron, como se hace en el mundo de *ellos*, que se trataba de corregir un problema financiero o responder técnicamente a una anomalía sistémica: que lo políticamente correcto era auxiliar a los corruptos. Lo que muestran es que lo correcto y lo corrupto son idénticos, lo cual es posible de acontecer en una *esencia alterada* instalada en un mundo histórico y social a modo de *evento malo*.

En un dispositivo importa poco lo que el Presidente Bush o su partido o los expertos hayan deseado, si eran rectos economistas, juristas llenos de nobles intenciones, o si formaban un cuerpo solidario con una gavilla de estafadores, pues la voluntad humana en un régimen se halla ella misma instalada en un orden anterior; en este ordenamiento de gobierno preceden un poder exigente y un saber consecuente: el dispositivo les dice qué es lo correcto hacer, y su voluntad es correcta en los términos del dispositivo mismo. Puedo pensar que los dueños y funcionarios de J. P. Morgan, AIG o el City Bank eran (y son) *todas y todos* buenas personas, que siguieron honestamente la lógica económica de maximizar el incremento de sus propios ingresos y que, simplemente, procedieron en una anomalía que quizás *ellas y ellos* no podían explicarse a sí mismos; que el fraude de las calificadoras de valores, o la impericia de los banqueros, la incapacidad de los expertos o la imbecilidad de los analistas para explicar el proceso de la quiebra financiera que afectó al planeta entero no fueron (ni deben considerarse) acciones voluntarias, ni culpables, pues el régimen de un dispositivo-esencia es no consultivo y no planeado. Eso explica por qué ni nadie ni todos se hallan en la cárcel o en la horca y por qué *ellos* mismos, de ser consultados hoy, considerarían correcto afirmar que el *miracle* 2008 es cosa del pasado, y no del presente corrupto de las democracias que *ellos* hoy administran. Puede decirse que *ellos* no llevaban el carro de la quiebra, sino que la quiebra del capitalismo y el fraude los llevaban a *ellos* en el coche. Pero esta reflexión incomoda, fastidia y molesta.

Los americanos demócratas que eligieron a Barack Obama en 2011 para reemplazar a Bush, o quienes lo halagaron con un Premio Nobel antes de que

<sup>44</sup> Cfr. Joseph DE MAISTRE, *Essai sur le principe générateur des constitutions politiques et des autres institutions humaines*, Paris, Société Typographique, 1814, pp. 14-17.

hiciera absolutamente nada por merecerlo, entre otras cosas, pensaron que los efectos sociales que se había gestado a través de la administración Bush requerían de una *corrección*. Y fueron defraudados, pues Obama y sus administradores y los sabelotodo, etc. siguieron haciendo “lo correcto”. El poblador instalado en el horizonte de las democracias, que tiene la experiencia de esta corrección, es testigo indignado de lo que encuentra ahora como un *proceder corrupto*, que parece haber pasado de una administración a la contraria; traduce –sin saberlo– una experiencia ontológica: la de una *esencia alterada*. Algo lo incomoda, fastidia e inquieta y acontece a la manera de un *evento malo*. El proceder corrupto actúa como un dispositivo de las democracias, cuyo arquetipo es precisamente el régimen de los Estados Unidos. En cierta medida, la experiencia de la incomodidad es síntoma de im/potencia ante la *esencia alterada*; que no se sabe qué hacer, que no hay pronóstico para orientarse en la praxis. Que algo que se espera como efecto previsible de esa esencia no funciona, esto es, es inoperante y no actúa.

El mecanismo de corrección es esperado de la esencia misma como su efecto previsible a la manera del niño o niña pervertidos. Quien esto espera desconoce que una *esencia alterada* altera también los criterios de qué se ha de hacer o no hacer, desorienta e inoperativiza a los *dis-puestos* mismos para corregir acciones malas. Cuando los anarco/ socialistas españoles o griegos parecieran a veces albergar esperanza en que opere la corrección de la esencia de/potenciada, esta misma parece obrar *correctamente* en la misma medida en que es *corrupta*, es decir, en la medida en que administra el *mal* que el *evento malo* ha apestado. Ellos, los anarquistas o socialistas españoles o griegos, ellos mismos se hallan *dis-puestos* a alterarse por el dispositivo que quisieran desactivar, y es por ello que en la práctica colaboran trágicamente con la administración del mal que repudian, e incluso lo agravan. Una *esencia alterada* en el mundo histórico y social, como se ha visto, es (siguiendo en esto a Agamben) un dispositivo de gobierno que obra a través de dictámenes que los hombres realizan. Es, pues, un proceder que constituye, realiza una esencia que ha de/potenciado, dis/capacitado una realidad anterior, que es lo corrompido de la *esencia alterada* misma: es lo mismo alterado.

Es bien conocido que Jacques Derrida afirma, en referencia a las democracias, que su régimen es preferible al de otras alternativas imaginables de organización de un mundo histórico porque es capaz de autocorregirse, vale decir, que puede *deconstruirse* autorreferencialmente<sup>45</sup>; no habría, por definición, nada más allá donde buscar la corrección, sino que las democracias serían el (único) dispositivo de gobierno capaz de realizar por sí mismo ese más allá: dicho de otro modo, la corrección de las democracias procedería del régimen

---

<sup>45</sup> Cfr. Jacques DERRIDA, *Voyous: Deux essais sur la raison*, Paris, Éditions Galilée, 2003; Patrice VERMEREN, “La aporía de la democracia por venir y la reafirmación de la filosofía”, en *Enrahonar. Quaderns de Filosofia*, 48 (2012), pp. 85 y ss.

mismo de gobierno que en cada caso requiere ser corregido. Es interesante notar que el físico aristotélico del siglo XVII que debatía con Galileo pasaba situación análoga<sup>46</sup>. Quienes competían con él en la observación del Cielo corregían los telescopios para que fuera posible *no ver* lo que se veía con ellos; se trataba de la realización, la puesta en escena autocorrectora de su propia dis/capacidad. Galileo les dedicó a estos interlocutores afanosos en corregir su vista el famoso *Diálogo sobre dos sistemas del mundo*<sup>47</sup>. Los físicos aristotélicos hicieron su trabajo llevando a Galileo a prisión por no dejarse corregir: por su incapacidad de dejarse deconstruir en los términos de la física aristotélica autorreferencial<sup>48</sup>.

Se vuelva ahora a Derrida. En la ilusión de que las democracias capitalistas avanzadas se halla el privilegio de la autocorrección exitosa, en este caso, la rectificación de la *esencia alterada*, Derrida parece expresar un presupuesto ilustrado de omnipotencia: si tenemos la *esencia alterada*, la podemos también des/alterar, por decirlo así. No es una idea insólita. En el dispositivo manzana, cuando manzana es pestilente se cambia la podrida por una nueva, que es el mismo dispositivo manzana no alterado. El reemplazo de manzana es parte de lo que cabe pronosticar de manzana, incluso de manzana alterada. Si las democracias capitalistas avanzadas revelan ser una alteración de sí mismas en el *evento malo*, entonces el dispositivo autocorrección derridiana debería ser efectivo. Ante el *evento malo*, los analistas, calificadores de bolsa, expertos y sabelotodo de la CNN, etc. debían ser capaces, no solo de corregir los dispositivos económicos, políticos y jurídicos que lo administraron, sino que debían también ser capaces de hacer justicia a los indignados o a las víctimas y des/activar el mal, que es aquí todo el punto. Una dimensión del mal ontológico del *evento malo* es que los *agentes malos* de ese *evento malo* han sido premiados como resultado de las medidas correctivas.

Con la venia de los expertos en Derrida, podría decirse en su nombre que el dispositivo democracia capitalista avanzada debería ser deconstructible; las democracias tendrían acaso la capacidad de auto-corrigerse, al modo de "una democracia (siempre) por venir"<sup>49</sup>. Esto significa que las democracias son siempre buenas porque son deconstruibles, porque su dispositivo es autocorrectivo. Pero el razonamiento que es genuinamente hermenéutico acepta realidades más allá de las cuales no hay teoría que valga; en este caso, que

<sup>46</sup> Cfr. Thomas KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas* [1962], México, Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 192-197.

<sup>47</sup> GALILEO GALILEI, *Diálogos acerca de dos nuevas ciencias* [1638], Buenos Aires, Losada, 1944.

<sup>48</sup> Cfr. Paul STRATHERN, *Galileo y el sistema solar*, Madrid, Siglo XXI, 1999, pp. 78 y ss.

<sup>49</sup> Cfr. Laura LLEVADOT, "Democracia y mesianidad. Consideraciones acerca de lo político en J. Derrida", en *Enrahonar. Quaderns de Filosofia*, 48 (2012), pp. 99-103; Cristina de PERETTI y Paco VIDARTE, "L'auto-délimitation déconstructive : la démocratie indéconstructible?", en VV. AA., *La démocratie à venir. Autour de Jacques Derrida*, Paris, Éditions Galilée, 2004.

la maldad del *evento malo* de 2008 no solo no se ha corregido desde algún ángulo bueno de las democracias mismas, sino que estas han sancionado la corrupción (o sea, la han vuelto políticamente correcta) con el auxilio político de los agentes malos. Al parecer la única manera de conservar esperanza en las democracias es imaginar que los demócratas capitalistas avanzados son ellos mismos quienes llevan como regentes, pensadores, planificadores y soberanos el carro de su régimen y que, por ende, tienen la potencia de corregirlo, incluso si sistemáticamente aún se hubieran abstenido universalmente de hacerlo. Habría tal cosa como los medios correctos, que serían puestos por *ellos* mismos, cuya aplicación in/correcta sería producto otra vez de la corrupción que puede ser punida en otros y así.

Para el caso del dispositivo manzana, hablando en abstracto, por así decirlo, puede admitirse que es autocorrectivo. En efecto, dentro del ámbito de acciones esperadas en manzana se halla cambiar una manzana podrida por una sana; curiosamente, aunque el cambio lo hace alguien, y hay un agente que cambia-manzana, hay también un dispositivo que sobrepasa la *esencia alterada* de manzana para cambiarla; esto mismo, al parecer, no es posible con la *esencia alterada* de *democracia*. En la autocorrección deconstructiva de las democracias se presume que el dispositivo es voluntario. Derrida no es el único en suponerlo, y esa es la raíz misma tanto de su error como de la esperanza de los demócratas correctos que creen ser no corruptos. El trastocamiento de una *esencia alterada* es incorregible si el dispositivo en cuestión no *dis-pone* de antemano algo como el reemplazo o el cambio, de una reserva anterior propia de la esencia, como en manzana. La mera expectativa de corrección de un dispositivo como efecto de una intervención voluntaria deconstructiva presupone soberanía sobre los dispositivos. Es triste: no hay tal soberanía.

El solo hecho de que Obama fuera elegido para corregir la administración Bush y que, sin embargo, la experiencia resultara frustrante, expresa que el optimismo de Derrida por la autocorrección del dispositivo democracia capitalista no está justificado. Carl Schmitt expresó alguna vez que lo que es o resulta de una institución social se revela mejor en los casos extremos, esto es, en circunstancias que ponen a prueba lo que en el mundo social opera como un dispositivo<sup>50</sup>. Se trata de lo que se puede hacer o no hacer en el caso extremo; es el equivalente conceptual de un *experimentum crucis* baconiano: allí se muestra, por una situación extrema, la definición y la operatividad de un pensamiento que pretende ser regulativo, en este caso, los alcances de un dispositivo. Un *evento malo* en las democracias capitalistas avanzadas constituye la situación extrema que certifica y avala su situación incorregible.

---

<sup>50</sup> Cfr. Carl SCHMITT, "Teología política I. Cuatro capítulos sobre la teoría de la soberanía" [1922], en *Carl Schmitt, teólogo de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 23.

En realidad, la incomodidad de lo podrido en el extremo constituye el criterio de la autocorrección en el dispositivo que nos interesa, entendiendo tal autocorrección como la capacidad de des/activar su aspecto malo, en este caso, la corrupción manifiesta del régimen de las democracias. Si es adecuado afirmar que se autocorriga, la pestilencia de sus efectos debería permitir un pronóstico humano de corrección. *Saber manzana/ manzana alterada* permite reemplazar la manzana podrida. Derrida pretende algo parecido con su democracia deconstruible. Hace de cuenta que el carácter revisable (deconstruible) de la democracia permite pronosticar su autocorrección, lo cual está lejos de ser una argumentación plausible. En todo caso, si la lógica no contara, la realidad acontecida revela que tal cosa no es posible.

Grecia se halla en bancarrota, en gran medida, como parte del horizonte corrupto revelado en el *faktum/ miracle* 2008. Aunque sea un imposible fáctico que lo haga, tiene que pagar su deuda económica íntegra a la Unión Europea. Lo han aceptado los griegos mismos, así como sus dirigentes revolucionarios y socialistas. Es lo correcto; así está *dis-puesto*. Los cálculos económicos determinan que el desembolso de la devolución de lo adeudado implica gerenciar la bancarrota de Grecia para un tiempo histórico tan grande como el de la historia entera del Reino de Grecia, tal como alcanza en la memoria humana. He aquí la corrupción como *miracle: Lo imposible es obligatorio: la más extraña paradoja de un dispositivo, y la revelación de ese dispositivo como un mal esencial*. Se trata de lo contrario a una deconstrucción de lo podrido: se trata de su *perpetuación* como gerencia o dispositivo de gobierno. Curiosamente, una buena parte de quienes no son *ellos*, comprendemos que esa exigencia imperiosa, a la misma vez que es "correcta", es también moralmente mala y que, al ser ineludible en el dispositivo que la exige, esta maldad es también ontológica.

Si hay una *esencia alterada*, hubo también una esencia no alterada que se alteró. Esa esencia es accesible, sin embargo, cuando el dispositivo que aloja el *evento malo* permite la corrección, como en manzana. Pero en el dispositivo en que la corrupción ha acontecido, que es el dispositivo democracia capitalista avanzada, eso no ha sido posible. Si lo alterado es lo mismo, la esencia de/potenciada, ¿por qué no se puede corregir? Puede sugerirse dos alternativas. El hallarse de la esencia puede ser pensado autónomamente de su proceder, en otro proceder alterno, o en una fuente cuya operatividad no sea abarcable dentro de las previsiones y pronósticos que la *esencia alterada* permite realizar. Es un proceder anterior que se ha ocultado en el dispositivo democracia avanzada, pero se manifiesta en la corrupción como reclamo de justicia. Dado esto por sentado, o bien el *arché* de la esencia, aquello que es manzana en ella, es un hallarse *fuera* de los dispositivos pronosticables dentro de las mismas democracias, o bien se halla *dentro*, aunque ocultado por el proceder que las gobierna. En ambos casos la esencia des/potenciada, puesto que es el proceder

de su forma alterada, es también una realidad que, o no actúa, o actúa sin que sus efectos sean relevantes para su forma alterada de ser; *es una esencia que no acontece*. Tenga el lector de consuelo que, lo que no acontece hoy, no tiene por qué no acontecer en el futuro; debe existir al menos la potencia de que así suceda, pues la alteración es acontecida; el *saber* acerca de su procedencia nos ha sido negado, y se ha de tantear hasta su aparición.

No afirmamos aquí nada sobre la ubicación de la esencia-proceder anterior: puede hallarse fuera o antes –o ambas– de su forma alterada. La clave para el hermeneuta radica en el sondeo de los pronósticos, cuya realidad es paralela al acontecimiento del mal. De su contenido, en cambio, ¿qué podría ser dicho? Si se piensa el acontecer del pronóstico desde *fuera*, la esencia no alterada podría ser pensada como una barbarie supuesta y olvidada, pero geográficamente identificable al modo de una exterioridad; “los bárbaros” bien podrían ser los indignados españoles o los reyes de Nigeria, a la vez arcaicos y silenciados, o los desempleados americanos blancos, o los islámicos devotos<sup>51</sup>. Parece más razonable seguir la línea de una anterioridad respecto de la alteración, un antes presupuesto, inefectivo, pues sería un ser que no acontece; en este caso se trataría de formas sociales arcaicas de las que las democracias serían la *esencia alterada*. Hágase ahora pronósticos. En un caso se abre un programa de invasión desde la exterioridad; en el otro, de pronósticos de re/activación en el futuro de una anterioridad presupuesta, del *arché* del que ella es alteración, como creo se desprende de Agamben<sup>52</sup>. Una manzana no puede volver a estar fresca, pero un mundo humano puede sobreponerse y adaptarse. Desactivar la corrupción de las democracias solo sería posible desde el carácter ancestral y arcaico de la anterioridad de las democracias, o bien de su exterioridad, que sería curiosamente a modo de *arché* también de ellas. No siendo la *esencia alterada* una obra humana, la reactivación de la esencia arcaica mal podría ser tampoco un plan, o una agenda política, sino que habrá de darse al modo de un acontecimiento, lo que llamaremos un *evento bueno*.

Es notorio que no hay criterio de pronóstico para *saber* sobre la exterioridad o la futuridad anterior arcaica, y que tampoco tiene sentido elegir alguna opción, aunque en la experiencia uno pueda esperanzarse de ambas maneras. No hay ninguna razón lógica o epistemológica para no pensar en ambas variantes de la procedencia como la misma, como el *evento bueno*. Todo esto es cosa pensable y posible, pero es asunto que será arrojado aquí a la eficacia heurística del auditorio mismo que, entre el bullicio de los ineficaces lenguajes correctos, entreverá pronósticos de un advenir: cuando los pronósticos de

---

<sup>51</sup> Cfr. Gianni VATTIMO, *Esperando a los bárbaros*, pp. 66-68; Gianni VATTIMO, *Ecce Comu*, La Habana, Ciencias Sociales, 2006, pp. 117, 122; Víctor Samuel RIVERA, “Ex Oriente salus”, pp. 320 y ss.

<sup>52</sup> Cfr. Giorgio AGAMBEN, *El reino y la gloria*, pp. 142-144.

los analistas, los expertos, la prensa, etc. muestren su peculiar incapacidad de corregir los acontecimientos, cuando algo incorrecto asome, aparece una alerta: la imagen de un margen del Ser y, justamente por eso, una potencia desconocida y fundante, que acontece y opera. El *evento bueno*: no lo podemos diagnosticar sino hasta cuando haya acontecido. En cualquier caso, *califica como una salvación*.

Víctor Samuel Rivera  
Universidad Nacional Federico Villarreal  
Facultad de Humanidades  
Av. Nicolás de Piérola N° 351, Lima (Perú) / Anexo 10  
vrivera@unfv.edu.pe